

tes, está situada á la izquierda del Guadiana, cerca de la confluencia de un riachuelo que se llama el Rivillas. Protegida á lo largo del Guadiana por el río y por un muro de redientes, se halla sustentada hácia el lado del campo por nueve frentes regularmente contruidos, y formando un semicírculo que apoya en el Guadiana sus dos extremidades. A una de ellas, la que mira al Nordeste, se alza un fuerte castillo, construido sobre un escarpe que domina á la vez el Rivillas y el Guadiana por el punto en que se juntan ambos. Los nueve frentes que componen el recinto se hallan protegidos por una serie de medias lunas con camino cubierto y glasis, por muchas lunetas, y sobre todo por una obra avanzada que se llama el fuerte de Pardaleras. A la orilla izquierda del Guadiana se enlaza la plaza con un puente de piedra, muy antiguo y muy sólido y por una fuerte cabecera de puente. En esta misma orilla y casi frente por frente del castillo de Badajoz, está el fuerte de San Cristóbal, sirviendo de apoyo á un campo atrincherado establecido sobre las alturas de Santa Engracia. Lanzándose el riachuelo Gévora en el Guadiana, baña y protege este campo de Santa Engracia. En la época á que se alude, el ejército español del marqués de la Romana, ocupado en correr entre las diferentes plazas de Extremadura, tenía costumbre de alojarse en este campo. Dispersado por los combates que había sostenido contra el quinto cuerpo, pero dispersado como los ejércitos españoles, que se rehacían al día siguiente de sus derrotas, se hallaba en las cercanías de Badajoz y para ir allí aguardaba á que se le uniera el destacamento que había enviado á Lisboa. Se le había vuelto

á pedir á lord Wellington, quien no se pudo negar á restituirlo y lo dejó partir para Extremadura. Este destacamento de siete á ocho mil hombres, algo mermado por la estacion y las enfermedades, llegó á Badajoz sin el marqués de la Romana, que acababa de morir en Lisboa de una enfermedad aguda. Todo el ejército mandado por el general Mendizabal, despues de dejar en Badajoz una guarnicion de nueve ó diez mil hombres, podia presentar á la orilla derecha del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, un cuerpo de doce mil hombres, con un puente de piedra para comunicarse, de modo que en ciertos momentos era posible que los sitiadores tuviesen no menos de veinte mil hombres encima.

Ademas de su fuerte guarnicion tenia la plaza un gobernador excelente, el general don Rafael Menacho, víveres y provisiones para seis meses y obras en perfecto estado de defensa. A los veinte mil españoles esparcidos á las dos márgenes del Guadiana y pudiéndose comunicar libremente de una á otra, tenia el ejército francés que oponer nada mas que nueve ó diez mil hombres, interin llegaba la division de Gazan que haria subir á quince ó diez y seis mil los combatientes. Hay que añadir que no poseía ningun medio para cruzar de una á otra ribera, á no ser una barca que de cada vez pasaba á algunos hombres.

Por fortuna la calidad de los soldados compensaba con usura esta inferioridad numérica, y con menos tropas había tomado el general Suchet plazas infinitamente mas fuertes y en quince ó veinte dias. Si el mariscal Soult se apoderaba de Badajoz dentro de este espacio de tiempo, podia estar

del 15 al 18 de febrero en camino hacia Abrantes, momento en que se acababan de celebrar las conferencias de Gólgao, y en que era muy oportuno desembocar por la izquierda del Tajo.

La sangrienta experiencia que hicimos de las propiedades de Badajoz, que en dos años fué conquistado y reconquistado por los franceses y los ingleses, nos enseñó que hacia el Suroeste, delante de un frente saliente, poco flanqueado, situado hacia el lado opuesto al castillo y bastante cerca del Guadiana, se hallaba un punto de ataque ventajoso para los sitiadores, que, aproximándose á la plaza por una parte proeminente de su perímetro, no tenían que sufrir los fuegos de flanco de los sitiados. Probable es que atacando resueltamente á Badajoz por esta parte, que es la primera que se ofrece á la vista viniendo de Olivenza, se hubiera logrado apoderarse de ella muy pronto, lo cual permitiera asomar junto al Tajo en tiempo oportuno. Mas no bien llegados los franceses delante de Badajoz, de miedo de engañarse según las apariencias, la atacaron á la vez por todos lados, al menos por todos los que miraban al campo y que no bañaba el Guadiana. Se dirigió un ataque á nuestra izquierda apoyándose en el río hacia el frente que hubiera convenido acometer exclusivamente, otro hacia el centro enfrente del fuerte de Pardaleras, y por último otro á la derecha mas allá del Rivillas, desde donde se podían disparar algunos proyectiles de poco efecto sobre el castillo y á lo interior de la plaza. Esto fuera bueno teniendo muchas tropas, mucha artillería y muchas municiones, pues, dividiendo el ataque se dividiera la defensa, pero teniendo poca artillería, pocas mu-

niciones, y cuando mas nueve mil hombres de infantería, á lo menos hasta la llegada de la division de Gazan, era exponerse, quisiera ó no se quisiera, á permanecer cuarenta dias delante de Badajoz en lugar de veinte.

Se emprendieron, pues, tres ataques harto desbarahustados y tan distantes unos de otros, sobre todo á causa de tener que atravesar el Rivillas, que era menester andar legua y media para comunicarse entre el de la derecha y el de la izquierda. Abrióse trinchera el 28 de enero á mil metros del recinto hacia la derecha, á quinientos hacia el centro, y adelantóse con lentitud extremada, ya por escasez de operarios, ya por falta de empeño en precipitar los resultados del sitio. Apenas se construyó la trinchera, procedióse á levantar algunas baterías, como si se quisiera comenzar el fuego casi tan pronto como los trabajos de aproche. Se removía la tierra al son de un débil y lento cañoneo, que no producía mas efecto que el de consumir inútilmente municiones. Hay que añadir que las lluvias continuas de la estacion entorpecían los trabajos y hacían verdaderamente digna de lástima la suerte de las tropas, como que empleados todos los caballos en acarrear la artillería de grueso calibre, no se había podido ir á forragear á distancia y faltaba pan. Durante muchos dias los soldados se alimentaron solo de carne, lo cual produjo entre ellos varias enfermedades. En vez de algunos centenares de operarios que hicieran falta, solo se encontraban ciento cincuenta para cada ataque, nueva prueba de que valiera mas concentrar sobre uno solo los pocos medios disponibles.

Así fueron poco fructuosos los primeros dias

de trabajos, á causa del mal tiempo, de la ausencia de la division de Gazan y de la falta de ahinco en dar prisa al asedio. Queriendo por su parte el gobernador Menacho emplear su numerosa guarnicion en entorpecer nuestros trabajos con briosas salidas, determinó multiplicarlas y ejecutarlas con fuertes columnas. Una dirigió el día 31 de enero hácia nuestro ataque del centro delante del fuerte de Pardaleras, con cuatro batallones, dos piezas de artillería y dos escuadrones de caballería. Tan veloz y resueltamente se adelantaron los españoles, que nuestros operarios fueron obligados á ciar sin tener apenas tiempo de unirse y de empuñar sus armas, mas habiendo acudido el general Girard con tres compañías de zapadores y un batallon del 88.º atajóles de pronto el paso, y picándoles con la bayoneta los empujó hasta el camino cubierto de la plaza. Durante este tiempo, desfilando la caballería española á lo largo del Guadiana y girando despues hácia nuestro ataque de la izquierda, sorprendió á nuestros operarios y acuchilló á algunos de nuestros oficiales de ingenieros, que hicieron punto de honra no evacuar sus trincheras. Allí el gefe de ingenieros Cazin fué muerto á sablazos: once heridas recibió el capitan Vainsot de la propia arma. Esta caballería fué rechazada á su vez y no poco maltratada. En esta salida perdimos unos sesenta hombres y no perdió menos de ciento el enemigo. Por lo demás nuestras obras de ataque estaban harto distantes y muy poco adelantadas para que de resultas padecieran mucho.

Todo trabajo fué imposible en los dias siguientes á causa de las lluvias y de violentos huracanes, y saliendo el Rivillas de madre nos llevó hombres y

caballos. Por fortuna apareció al fin la division de Gazan con cerca de seis mil infantes, útiles y artillería de grueso calibre, de cuyas resultas ya se pudo contar con unos doce mil hombres de infantería, con mil dociientos de ingenieros y de artillería, y como con dos mil cuatrocientos ginetes, lo cual ascendia á un total de diez y seis mil soldados. Disponiendo de infantería mas numerosa, dedicóse alguna mayor actividad á los trabajos: se les dió á la derecha la forma de una larga línea de contravalacion, mas bien para cubrirse contra los españoles de dentro y de fuera, que para emprender por este lado un formal ataque. Por el centro se propendió á aproximarse al fuerte de Pardaleras que se trataba de tomar con el fin de hacerle base de la principal acometida, y á la izquierda se envolvió en una línea circular una cumbre denominada *Cerro del Viento*, sobre la cual se apoyaba la extremidad de nuestra línea. Algunos dias se pasaron en desembarazar nuestras trincheras del lodo producido por las lluvias y en rechazar las salidas del enemigo: durante estos ocho dias se adelantó poco y todo se limitó á disparar algunas bombas sobre la plaza para inquietar á la poblacion.

Se supo el 6 de febrero la aparicion del cuerpo de socorro procedente la mayor parte de Lisboa, como se ha dicho mas arriba. Reuniendo los que venian de las líneas á los que habitualmente se hallaban en la campiña extramuros de Badajoz, podia el enemigo presentar en fuerzas activas cerca de diez mil infantes y de dos mil caballos. Unos y otros fueron á tomar posición mas allá del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, situado detrás del Gévora, contra el fuerte de San Cristóbal.

Hallándose en comunicacion con la plaza por el puente de piedra de Badajoz, podian, unidos á la guarnicion, constituir una fuerza de veinte mil hombres prontos á arrojarlos sobre los franceses. Maniobrando bien y desembocando con viveza sobre un solo punto, no era imposible que detuviesen y aun hiciesen levantar el asedio. Verdad es que les era difícil lanzarse á una operacion á fondo, careciendo, aunque valientes, del talento de hacerse firmes en campo raso.

El primer uso en que emplearon sus fuerzas fué el de ejecutar el día 7 una gran salida. Después de empezar por una falsa demostracion sobre nuestra izquierda, desembocaron por la derecha, pasando el Rivillas al amparo de los fuegos del castillo. Marchando vigorosamente en una masa compacta de siete á ocho mil hombres, llegaron hasta nuestras líneas; nuestros destacamentos acudidos á este punto no eran bastantes para oponer resistencia, ni á su número ni á su empuje. Como en todas las salidas, mantuvieron el campo un instante y echaron abajo algunas obras de escasa monta, sobre todo, hácia nuestro ataque de la derecha, que, no habiendo sido emprendido formalmente, no ofrecia que destruir nada importante; pero el mariscal Mortier les retuvo muy pronto con el despliegue de muchos batallones que les presentó de frente, y después, aprovechándose de la circunstancia de haberse adelantado mucho, soltó contra su flanco dos batallones, uno del 88.º, otro del 64.º, sacados del ataque del centro, y conducidos mas allá del Rivillas. Repelidos de frente, amenazados por el flanco, después del primer momento de impetuosidad, se retiraron los españoles

con orden al principio y seguidamente de tropel y dejaron setecientos hombres muertos ó heridos en nuestras manos. Por desgracia, la tentacion harto ordinaria de perseguirlos hasta bajo los fuegos de la plaza, nos costó unos cien muertos y cerca de trescientos heridos.

Entonces concibió el mariscal Soult la idea de irlos á buscar al campo de Santa Engracia, y de quitarles la posibilidad de renovar semejantes operaciones, destruyendo el ejército de socorro; idea muy cuerda, porque la presencia de este ejército inspiraba á la guarnicion una fuerza moral y material de importancia; pero habia que poseer medios para cruzar el Guadiana, lo cual no era fácil por lo caudaloso que á la sazón iba, y así entretanto se propuso adelantar un paso hácia el recinto apoderándose del fuerte de Pardaleras. Este consistia en un bastion flanqueado de dos semi-bastiones y cerrado á la gola por una simple empalizada. Posible era tomarle por sorpresa, y luego hacerle punto de apoyo de una embestida directa hácia el punto del recinto en cuyo ataque se pensaba. Dos columnas dispuso, compuestas de doscientos hombres cada una, de los destacamentos del 21.º y del 28.º de ligeros y del 100.º y el 103.º de línea á las órdenes del gefe de batallon de ingenieros Lamare, oficial distinguido (1), precediéndolas zapadores de ingenieros y mandándolas dos oficiales bizarros, el gefe de batallon Guerin y el capitán de ingenieros Coste. En conformidad del plan formado, estas dos columnas salieron el 11 de febrero á

(1) El mismo que ha publicado una excelente obra sobre los sitios sostenidos en Badajoz por españoles y franceses.

las siete de la tarde de nuestras trincheras; en medio de una oscuridad profunda avanzaron en derecha á la parte saliente del fuerte de Pardaleras, se separaron despues la una á la derecha, la otra á la izquierda, siguiendo la cresta de los glasis, á fin de asaltar la obra por la gola. Aunque extraviada por la oscuridad la columna de la derecha, halló medio de bajar al foso de la cortina, descubrió una poterna entreabierta y lanzóse á ella con prontitud suma. El capitán Coste, que la guiaba, se arrojó sobre un oficial español al presentarse á cerrar la poterna, le hirió con su espada, metióse allí prestamente con sus soldados, y llegó á la obra en el mismo instante en que la columna de la izquierda, habiendo conseguido salvarla, derribaba á hachazos las empalizadas que cubrían la gola. Estas dos columnas se juntaron á los gritos de viva el emperador, precipitáronse seguidamente á la bayoneta sobre los españoles, mataron á algunos, hicieron á muchos mas prisioneros y pusieron á los otros en fuga hácia la plaza. Ya dueños del fuerte se apresuraron á formar un espolon para cubrirse de los fuegos del recinto que desde este día debían ser dirigidos todos sobre la obra de que nos acabábamos de hacer señores.

Este acto atrevido proporcionaba á nuestro ataque del centro, único formal, un apoyo sólido y apropiado al pronto triunfo.

Sin embargo, el mariscal Soult pensaba mas bien en desembarazarse del ejército español acampado al otro lado del Guadiana, que en hacer más rápidas las operaciones del sitio. Jamás había dificultad en batir un ejército español á campo raso; pero aquí era menester pasar el Guadiana muy

crecido entonces, llegar despues al campo de Santa Engracia, vadeando el Gévora bajo el fuego del enemigo, sin comprometer á pesar de todo el asedio, cuyas obras no podían ser custodiadas sino por muy escasas tropas. Afortunadamente los españoles, no obstante los juiciosos consejos de lord Wellington, ni habían levantado en rededor de aquel campo una empalizada, ni aun removido la mas leve porción de tierra: además mostrábanse poco vigilantes, y con secreto y con presteza bastaban de siete á ocho mil hombres para sorprenderlos y arrollarlos. Igual número debía quedar en custodia de nuestras trincheras, y había de sobra para protegerlas, estando el enemigo muy ageno de lo que le amenazaba.

Esta operacion proyectada por el mariscal Soult fué tan bien ejecutada como concebida. Para el 18 de febrero ya se había proporcionado, gracias á la solicitud del arma de ingenieros, los medios de pasar el Guadiana con seis mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Cruzóse efectivamente el rio en la noche del 18 al 19 con tropas de preferencia sacadas de las dos divisiones de Girard y de Gazan. Los mariscales Soult y Mortier marchaban á la cabeza de sus soldados. Al amanecer del 19 estaban todos á la otra orilla del Guadiana, teniendo á la derecha la caballería compuesta de los dragones de Latour Maubourg, y de dos regimientos de cazadores en la llanura, y hácia el centro y la izquierda la infantería formada en columnas por batallones. Como se había pasado el Guadiana por mas arriba de Badajoz era necesario bajar la orilla derecha de este rio para llegar cerca de San Cristóbal y de las alturas de Santa Engracia,

sobre las cuales se encontraba el campo de los españoles. Una espesa niebla favorecía á nuestro pequeño ejército en su marcha.

Pronto llegó á la márgen del Gévora antes de que los españoles estuvieran en proporecion de disputarnos el paso. Algo lejos hácia la derecha cruzó nuestra caballería y arrolló en un abrir y cerrar de ojos á la caballería española, que cubría el campo por el lado de la llanura. Nuestra infantería, guiada por el mariscal Mortier, se metió en el Gévora, lo cruzó con el agua á la cintura y llegó de seguida en el mejor orden al pie del escarpe de Santa Engracia en el momento en que se disipaba la niebla.

Antes de ordenar el general en gefe el ataque, destacó sobre nuestra izquierda dos batallones para interponerlos entre el fuerte de San Cristóbal y los españoles é impedir á estos que se refugiaran á la plaza. Al mismo tiempo previno á la caballería que operara un movimiento de conversion por la derecha, á fin de lanzarse por este lado, que era una pendiente suave al campo enemigo, y acto continuo dió la señal de ataque.

Nuestros soldados, que temian poco á las tropas españolas, treparon atrevidamente á las cumbres de Santa Engracia, sufriendo un violento fuego de arriba abajo y no sin experimentar pérdidas bastantes. Pero en pocos momentos llegaron á la cima del escarpe, interin los dos batallones destacados á la izquierda interceptaban el camino del fuerte de San Cristóbal y mientras la caballería lanzada hácia la derecha á la llanura, tomaba al enemigo por la espalda. Viéndose amenazados los españoles de frente por nuestra infantería, de flan-

có y á la cola por nuestra caballería, formáronse en dos cuadros bastante fuertes y bastante firmes en su actitud. Pero asaltados briosamente por nuestra infantería y nuestros dragones fueron muy luego rotos, y perdieron lo que pierden los cuadros cuando se consigue romperlos; entre muertos y heridos tuvieron dos mil hombres fuera de combate; se les cogieron cinco mil, toda la artillería y muchas banderas. De los doce mil hombres que presentaron en batalla, á lo mas salvaron cinco mil los españoles, que en todas direcciones emprendieron la fuga.

Aunque no ofreciera dificultad para nuestras tropas el batir con ocho mil á doce mil hombres, cuando tenian que habérselas con españoles sin ingleses, figuraba como operacion en gran manera meritoria la que acababa de ser ejecutada á causa de la posicion del enemigo, cubierta por las alturas de Santa Engracia y por el lecho del Gévora, á causa del Guadiana, que habia sido menester cruzar para ir á presentar la batalla, á causa en fin del asedio, cuyos trabajos era menester seguir custodiando mientras se iba á pelear á otra parte.

De esta victoria se aprovechó el mariscal Soult para embestir la plaza por la derecha del Guadiana y privarla de todas las comunicaciones exteriores. Si hubiera querido aprovecharla para acelerar la rendicion de Badajoz, de seguro terminara el asedio antes del 4.º de marzo, y tomadas asi las plazas de Olivenza y de Badajoz con sus guarniciones, dispersos todos los ejércitos españoles de Extremadura, podia adelantarse sin gran peligro sobre el Tajo y con muchas probabilidades de dar á los sucesos un inmenso impulso. Verdad es que le

quedaba el peligro de duplicar la distancia que le separaba del mariscal Victor. Mas, determinándose á evacuar á Granada, ó al menos á dejar allí escasa gente y á llevar el grueso del cuarto cuerpo hácia Ronda, entre Granada y Cádiz, de modo que en un lance apurado el cuarto y el primer cuerpo se hubieran podido juntar prontamente, se disminuía en mucho el peligro de su movimiento sobre Abrantes. En todo caso el efecto moral de un gran triunfo junto al Tajo hubiera compensado los inconvenientes de su ausencia al par que, dejando al mariscal Massena solo, condenado á retirarse, se exponía á un cruel castigo, el de tener muy pronto encima á los ingleses, desembarazados ya de Massena. Bien mirado todo, tras la victoria que acababa de conseguir y fijándose en lo venidero, menos peligros ofrecía una imprudente generosidad que una prudente reserva. A mayor abundamiento se juzgará por los resultados.

Libre así el mariscal Soult de los españoles tornó lenta y tranquilamente á los trabajos del sitio de Badajoz. Durante este espacio de tiempo lord Wellington y el mariscal Massena aguardaban con sentimientos muy distintos el desenlace de las operaciones en torno de esta plaza. Teniendo los franceses tropas en Extremadura, teniéndolas también en Castilla, porque la division de Claparede habia llegado á Viseo, costaba á lord Wellington trabajo comprender cómo no se reunían á entrambas márgenes del Tajo, sobre Abrantes. Así lo esperaba y lo temía mas que nada. Para este caso consideraba su situación difícil por extremo, dado que podia tener encima setenta y cinco mil combatientes si la division de Claparede y el quinto cuerpo

se juntaban al mariscal Massena, por cuya energía habia mucho que temer hasta detrás de las líneas de Torres-Vedras. Parece, pues, que todo debía empeñar á los franceses en reunirse y lord Wellington, juzgando que se haría en su contra todo lo que se debia de hacer, no cesaba de estrechar á los portugueses para que talaran el Alentejo y se encerraran en Lisboa con todo lo que pudieran llevar consigo. Mas no conseguia persuadirles á ello, pues los portugueses, aunque muy animados contra los franceses, no querían comenzar por destruir su ganado y sus mieses para evitar que se lo quitaran los enemigos. Lejos de pensar en dar batalla al mariscal Soult, si este abandonaba la Andalucía para ir en socorro del ejército de Portugal, habia ordenado al mariscal Beresford, que mandaba en Abrantes, defender las afluencias del Tajo que cruzan el Alentejo, defenderlas de modo de retardar la llegada de los franceses, no de perder una batalla, y le habia recomendado sobre todo entrar entero en las líneas de Torres-Vedras, su único objeto, y efectivamente el mas importante. Así el mariscal Soult hallara desembarazado el camino, y no corriera otro peligro que el de alejarse de Sevilla y el de privar á sus lugartenientes de su apoyo algunos dias mas. Todo estaba de consiguiente en su camino para facilitarle el que diera cima á una gran cosa. Verdad es que la ignoraba y que el fantasma del ejército inglés se levantaba delante de él á la idea de marchar sobre Abrantes.

Massena no temía este fantasma, y si hubiera podido hallar el tal ejército en campo raso, siempre que se le proporcionaran municiones, asaltarle sin demora, bien que por otra parte le esti-

mara en lo que valia. Pero luchaba contra el hambre, contra la falta de municiones, contra el disgusto que se aumentaba entre las tropas, y sobre todo contra la resistencia de sus lugartenientes, que en ciertos momentos tomaba la forma de una desesperacion casi facciosa. Si á la llegada del general Foy se habia doblado la cabeza ante la órden imperial de permanecer junto al Tajo, bien pronto se habia renovado, bajo la influencia de la tristeza y del hambre, el deseo ardiente de abandonar una tierra donde se veian reducidos á morir de necesidad sin llevar nada grande á cabo. Cuando se contaba con el general Drouet por un lado, con el mariscal Soult por otro, se habian entrevisto un grande objeto y los medios de darlo remate. No habiendo llevado el general Drouet mas que siete mil hombres, se habia sentido un primer golpe de desaliento; pero aun quedaba el mariscal Soult. Se contaba con él: de vez en cuando los ecos llevaban hasta Punhete el zumbido de un vivo cañoneo del lado de Badajoz y estremecian los corazones; mas ya no se oia de algunos dias á aquella parte, sin duda por efecto de algun accidente atmosférico, y se inferia que el mariscal Soult habia vuelto á Andalucía. Se consideraban, pues, como del todo abandonados y de resultas impotentes contra las lineas de Torres-Vedras y destinados á morir de hambre sobre una playa desierta sin nada formal ni útil á que dar cima. Verdad es que el mariscal Ney habia hecho en los últimos dias un precioso hallazgo, el de cuatrocientos bueyes, dos mil carneros y cuatro mil quintales de maiz. Una porcion de todo habia tomado para su cuerpo, dando lo demas á sus camaradas. Pero el segundo cuerpo, el

de Reynier, estaba reducido á la última extremidad, y no hubiera podido subsistir sin un descubrimiento que tambien habia hecho recientemente en la isla situada á la embocadura del Alviela y bajo las alturas de Boa-vista, de la cual hemos dicho que se hubiera podido servir como de una segunda Lobau. Con efecto, tras de vivas instancias suyas, habia consentido Massena en abandonarle algunas barcas del tren de puente para que registrara aquella isla, que al parecer contenia grandes recursos. Ya que las tuvo, el capitán Parmentiers se abandonó primero á la corriente del Zezere, despues á la del Tajo, y partido de Punhete á la caida de la tarde, llegó á otro dia de mañana á dicha isla, sin otro accidente que el de numerosos fusilazos de la orilla izquierda, aunque de escaso efecto. En isla tan bien situada halló granos, ganado, de que Reynier tanto carecia, y el triste convencimiento de que hubiera sido de provecho sumo para el paso del Tajo. Habiendo acudido hácia allí el enemigo con bastante fuerza, no era ya tiempo de que de ella se sacara partido y habia que renunciar á cruzar el Tajo por un párage, donde la operacion fuera practicable y segura. Esta era hasta aqui la principal y casi única falta por que hubiera que reconvenir á Massena, falta que la opinion del general Eblé atenúa, pero no borra, y que Napoleon no hubiera cometido, porque su espíritu, adecuado para todo, para las funciones de ingeniero como para las de general en jefe, y ademas infatigable, no descansaba hasta hallar la solucion pendiente. Y es raro, sea la situacion la que fuese, que esta solucion no exista en la guerra como en todo: solo que se necesita el espíritu que la



busca y además el ardor de carácter que no para hasta que la encuentra.

Algunos días más pudo vivir Reynier por consecuencia de su hallazgo, pero á fines de febrero declaró que iba á encantar su reserva de galleta. Muchas veces los gefes de los cuerpos habian hablado de recurrir á este extremo recurso, bien que era por su parte una amenaza destinada á mover el ánimo del general en jefe y de la cual no habia éste hecho caso. Ahora le era imposible dudar de la realidad de estas urgencias, y por sus propios ojos y sus propios oídos se podia asegurar de la pasión por irse de allí que se habia apoderado completamente de las tropas, privadas de todo socorro, de toda noticia y abandonadas hacia medio año á un extremo del continente. Sobre todo desde que se habia desvanecido la esperanza de la ayuda del mariscal Soult, no se podia contenerlas, y hasta se debian temer movimientos de indocilidad, bajo la influencia de gefes que cometian la falta de no poner freno á su lengua. Jamás habia creído Massena en la llegada del mariscal Soult y no habia cesado de decírselo en secreto á un oficial de su confianza. Si habia esperado en aquel punto fué no más que para hacer evidente á todos la necesidad de retirarse, y para apurar las últimas eventualidades de la fortuna. Llegado ya el mes de marzo y no siendo de esperar la presencia del mariscal Soult, ni ofreciendo más probabilidad de éxito el paso del Tajo, perdida la sola que habia por no haberse creído en ella, y resultando la imposibilidad de vivir de la de trasladarse al otro lado del Tajo, y yéndose ya á consumir la preciosa reserva de galleta para quince días, si

se permanecia allí más tiempo, único recurso del ejército en caso de retirada, Massena adoptó por fin el partido de ejecutar el movimiento retrógrado sobre el Mondego, que siempre habia considerado como el más juicioso y que pusiera por obra desde las conferencias de Gólgao, si no tuviera que atemperarse á la orden formal del emperador de permanecer junto al Tajo hasta el último extremo. Sin embargo, tratábase de averiguar si, ya comenzado el movimiento de retirada, se podría hacer alto á mitad de camino, sin ser arrastrados hasta la frontera española; más resultara lo que resultare de un primer movimiento retrógrado, era indispensable la partida, porque el hambre amenazaba cada vez más de cerca y hacia imprescindible este movimiento. Habia que abandonar á Santarem como, al irse á consumir la ración postrera, se abren las puertas de una plaza. Massena comunicó sus órdenes de manera de estar en plena retirada del 4 al 6 de marzo. Su plan fué concebido con una prudencia y una audacia que revelaban á un verdadero general en jefe, á quien la adversa fortuna nada habia quitado de su sangre fría ni de su inteligencia.

Antes de empezar la retirada del ejército era menester que la precediera la partida de los enfermos, de los heridos y de los bagages, y para esto no bastaba con una anticipación de dos días, si no se quería encontrarlos agolpados en el camino y verse quizá precisados á pasarles delante para librarse del alcance del enemigo. Con todo, estos movimientos anticipados podian tener también el inconveniente de poner á los ingleses sobre aviso y de atraerlos en nuestro seguimiento harto pron-